

Venerable Sor María de Jesús de Ágreda “La Dama Azul”

Sor María de Jesús de Ágreda es una mujer que, desde su vida oculta entre los muros de un monasterio, evangelizó no sólo a los de cerca, sino también a los de lejos; no sólo a los de su siglo sino también a los de hoy. Su vida se desarrolla en el siglo XVII, el llamado siglo de Oro del barroco, también marcado por una crisis generalizada. Fue una mujer humilde, sencilla, tímida, de escasos estudios, que llegó a ser con el tiempo una gran mística, escritora, evangelizadora y consejera del rey Felipe IV y de otros nobles y prelados.

Nació el 2 de abril de 1602 en la villa soriana de Ágreda. Fue bautizada el 11 de abril con el nombre de María Coronel y Arana; hija de Francisco Coronel y Catalina Arana, y hermana de Francisco, José, y Jerónima. Fue una niña (como ella se describe) “*apocada*”, “*de poco aliño*” y enfermiza; que distinguía por su amor a la soledad y la contemplación. Sus primeras experiencias religiosas en un medio ambiente impregnado de espíritu cristiano-franciscano en el que creció, pusieron de manifiesto un alma hecha para vivir intensamente de lo divino.

Fue confirmada a los 4 años por el obispo Mons. Yepes (biógrafo de Santa Teresa). A los 6 años recibió la primera comunión y a los 8 años el día de Navidad de 1610 hizo voto de castidad. A los doce años quiso ingresar en las Carmelitas Descalzas de Tarazona. Pero sus planes cambian, ya que su madre tiene una revelación que le impulsa a convertir la casa familiar en convento de la Orden de la Inmaculada Concepción (Concepcionistas Franciscanas). La madre y sus hijas permanecen allí, su marido ingresa franciscano; los hijos ya lo eran. Tenía 16 años cuando tomó el hábito, cambiando su nombre por el de Sor María de Jesús, y profesó el 2 de febrero de 1620; desde entonces su vida será impensable sin el marco de la clausura concepcionista.

Sus primeros años de religiosa se ven marcados por fenómenos religioso-místicos, que cesaron en 1623, por súplica de ella misma. En este contexto de su vida escribe su primera obra: el *Jardín Espiritual para recreo del alma*. Desde entonces escribirá una gran cantidad de obras, que irán reflejando, su camino espiritual a lo largo de su vida, en clave sponsal-vivencial con Dios, hasta hacerse un solo Espíritu con Cristo su Esposo, por María Inmaculada, a la que tiene por Madre y Maestra y a quien dice: “**Madre, Señora y Dueña mía, mándame como reina, enséñame como maestra, corrígeme como madre**”.

Fue una mujer enamorada de Dios; lo único que deseaba era hacer lo agradable a los ojos del Señor Altísimo, quien se le hace accesible sobre todo por María. Vive en una constante y profunda intimidad, al mismo tiempo que con Dios, también con María. Es una vida en María, con tal intensidad, que, encuentra cierta analogía de lo que ocurre en su alma y lo que ocurrió en María, respetando la inmensa diferencia entre la “*Mística Ciudad de Dios*”, María, y la “*también mística ciudad de Dios*” que es el corazón de un bautizado. Así nace su obra cumbre en 1655, **La Mística Ciudad de Dios**, que se extendió como verdadero libro de vida y formación, y hasta la fecha continúa circulando.

Otra manifestación de su gran amor a Dios, era su amor al prójimo y de ahí su gran preocupación de que “**todos los hombres se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad**” (1Tm 2,4), lo que la impulsó a ser un gran misionera. Mostrándonos que si somos auténticos cristianos, también hemos de ser auténticos misioneros ante un mundo que tiene necesidad de la belleza de la vida cristiana vivida por nosotros. Ella, como hija de la Iglesia, deseaba fervientemente colaborar en la propagación de la fe, que consideraba no sólo misión general de todo cristiano, sino misión personal que Dios le confiaba. Desde el seno de la oración, el Señor le concedió el don de la bilocación, por el cual catequizó entre 1620 y 1623 a los Jumanos, habitantes de lo que hoy corresponde a parte de los estados de Texas, Nuevo México, Colorado y Arizona en Estados Unidos. Una vez catequizados, les instó a que acudieran a los padres franciscanos que habían fundado la Custodia de Nuevo México, ante quienes afirmaron que una bendita dama de Azul los instruyó en los evangelios. De aquí le viene el sobrenombre de “**La Dama Azul**”. Sus descendientes aún llevan en el corazón a la que les dijo: “**Somos uno en el espíritu de Jesús**”.

Tenía una gran capacidad para comunicar lo que vivía. **Su fecunda fuerza comunicadora radica en que, su palabra brota del silencio y manifiesta el poder de la Palabra, rumiada, asimilada y hecha vida, a ejemplo de la Inmaculada Virgen María.** Esa Palabra tiene la fuerza irresistible

del Espíritu; que es capaz de trascender todas las fronteras, incluso las del tiempo. Ella lo sabía, por eso lo único que hace es **dejarse llevar**, pero no sin dudas, sudores, fatigas y lágrimas. Ya sea hablando a sus monjas, a su familia, a labriegos, al monarca Felipe IV, al Romano Pontífice, a nobles o a prelados, sor María de Jesús habla de lo que no es cómodo, llama y urge a una conversión e insiste siempre en un cambio de mente y de corazón. Y así, también fueron muchos los pecadores convertidos que llevó al vecino convento franciscano de San Julián, para recibir allí los sacramentos. Ella sabía que la raíz de todo equivale a un **volver el corazón a Dios de donde hemos salido**. Que esta es una tarea que nunca termina. La existencia solo tiene sentido para ella cuando está tocada por la presencia del Amado.

Su celo por anunciar el evangelio traspasó los límites de su persona, siendo inspiradora e impulsora de grandes santos y misioneros de ayer, como Fray Junípero Serra, entre otros, y de hoy, como Fray Jesús de la Cruz y el Padre James Flanagan, fundador de la Sociedad Apostólica de Nuestra Señora de la Santísima Trinidad.

Otra de las facetas importantes de su vida fue la de Abadesa, cargo que desempeñó por 35 años hasta su muerte. Declaró Prelada a la Santísima Virgen, y reservó para sí el título de vicaría. Con naturalidad, sencillez, carácter humano y afectuoso, su gobierno fue mezcla de prudencia, suavidad y eficacia, un medio entre el nimio celo y la demasiada blandura. Una de sus mayores preocupaciones era el cuidado espiritual de sus religiosas, no perdía ocasión de amonestarlas y enfervorizarlas con pláticas, avisos, doctrinas y desafíos. Con el mismo ardor las asistía estando enfermas o próximas a morir. Todo ello a su vez con un celo profundo por la “paz interior”, sabiendo que de ella proviene la paz y la unión en la comunidad y entre los hombres. Y advierte por boca de la Virgen María: **“Si tal vez fuere necesario ejercitar la caridad con los prójimos, ordénala tan bien que en primer lugar pongas el bien de tu alma y tu seguridad y quietud, paz y tranquilidad interior”**. Al torno del convento se acercaban todo tipo de personas, pobres, necesitados, mujeres, mendigos, etc., ninguna de estas personas se alejaban sin un consuelo, sin una palabra de aliento sin una ayuda espiritual o bien material de ella, pues la caridad era su principal virtud y el celo por los pobres y los necesitados, su bandera.

Sobre ella se ha pensado, se ha discutido, se ha estudiado, se ha hablado y se ha escrito a través de los siglos... El misterio de la magnitud histórica de esta concepcionista franciscana, está en que supo encontrarse en su ser de mujer, descubrió en su vocación diferente, al esposo diferente y único en todos y cada uno: *“cuanto hicisteis a uno de estos... a mi me lo hicisteis”*..., en su santidad de vida radical y plenamente consagrada a Dios y a los hombres, en la contemplación divina y la penitencia, en total olvido de sí misma y pobreza evangélica.

Durante la enfermedad que la llevó a la muerte, estuvo en gran tranquilidad, suavidad y quietud, y más parecía estaba contemplando y gozando que padeciendo. Entra en la casa del Padre en la solemnidad de Pentecostés, el 24 de mayo de 1665. Su cuerpo incorrupto descansa en la capilla de San Francisco de la Iglesia del monasterio.

Para la Orden de la Inmaculada Concepción es estímulo y acicate para vivir con hondura y pasión, la vocación concepcionista. También para el hombre y la mujer de hoy, ella sigue teniendo una palabra que decir, ya que fue una mujer que ante las dificultades y discriminaciones de su época actuó “con libertad”, fortalecida por su unión con Cristo y María Inmaculada. Y como dijo el Beato Juan Pablo II: *las mujeres así son un modelo para todos los cristianos, un modelo del seguimiento de Cristo, un ejemplo de como la esposa ha de responder con amor al amor del esposo*.